

HERNÁN POBLETE VARAS

NOVELISTAS DE HOY

COMENCEMOS por aclarar qué llamamos *novelistas de hoy*, tratando de no caer en el término “nuevas promociones” tan zarandeado en los últimos tiempos, y tan poco decidor. Pues, *novelistas de hoy* —y valga la perogrullada— son todos los que en estos días están escribiendo. Y los hay entonces viejos y nuevos, ancianos y maduros.

Sería más claro, tal vez, hablar de nueva literatura, siempre que la hubiera, pero en eso no creemos, a despecho de lo que afirman algunos ideólogos de estos últimos tiempos.

Tendremos que definir —vagamente— a los novelistas de hoy, como aquellos que son posteriores a la Generación del 38 (o del 40: los críticos no están de acuerdo), entre los que se cuentan los que se han autodenominado Generación del 50, amén de otros dispersos, que no calzan en este último grupo ya por razones de edad, ya por su individualismo.

Parece evidente que hay algunos hechos que separan a estos novelistas de sus antecesores del 38. Hechos que pertenecen no al orden cronológico, sino al social y al político.

EL PESO DE LOS ACONTECIMIENTOS

Los escritores del 38 nacieron a la vida literaria en el momento en que se producía en el país una gran convulsión político-social. No fueron, como lo afirmó un joven teorista, fruto del Frente Popular, pero tampoco son extraños al fenómeno político cuya expresión electoral fue el núcleo izquierdista triunfante.

En la actitud literaria de los jóvenes escritores de entonces y en las actitudes políticas del Frente Popular, hay una nota común de protesta. La inquietud social —de largo y contenido desarrollo— se manifiesta violentamente en esos días: al través de la política dará el

triumfo a Don Pedro Aguirre Cerda; al través de la literatura provocará la aparición del núcleo llamado Generación del 38. Esta última recoge el pendón que tan dignamente blandiera Baldomero Lillo, el primero en denunciar el escándalo de la condición proletaria nacional. Huyen del entusiasmo paisajista, tan caro a la literatura criolla, y actúan como testigos en el gran proceso a la organización social chilena.

Sus obras pretenden incorporar a la realidad nacional esa multitud de seres anónimos que vegetan, luchan, mueren, en la estepa salitrera, en la profunda noche de las minas, en el Sur desolado e inhóspito. Su personaje es el proletario de dura y desconocida vida. En nombre de él —ignorado y sin voz— elevan su protesta.

Se les ha considerado —con cierta razón— como una nueva etapa del criollismo, como un resurgimiento del género. Conste, sin embargo, que en esta Generación no hay complacencias con el paisaje, ni descripción bucólica —ni abúlica— de la costumbre en sí. Por el contrario, hay el clamor febril, hay la acusación violenta. La injusticia social es el *leit-motiv* de la mayoría de sus creaciones; el proletariado es el gran personaje.

Pero, a poco del triunfo frentista —ay, tan vanamente dilapidado— los acontecimientos se precipitan. Viene la Segunda Guerra Mundial, y con ella un cambio de las perspectivas. El drama nacional se empequeñece ante el horrendo drama que consume a casi todas las naciones. Durante años, se vive en el ahogo, en la angustia total. Grandes ídolos caen; instituciones y postulados que juzgáramos sagrados e imperecederos desaparecen en la niebla bélica. Francia, cuna del pensar independiente hispanoamericano, yace vencida; Rusia —la Santa Rusia, capital de las nuevas libertades, patria del gran experimento socialista— juega a los pérfidos pactos y destruye toda ilusión respecto a sí misma. Todo lo que nos parecía sólido, seguro, tambalea, tiembla, se desploma. Apenas se escuchan algunas voces, tozudas, persistentes, que ofrecen “sangre, sudor y lágrimas” a cambio de rescatar lo que se pueda del caos universal, de la agonía que afecta, ya no a una nación, ya no a un grupo de hombres, sino a toda la humanidad.

Cuando sobreviene la paz, nos encontramos con un mundo empequeñecido, doliente. Por un tiempo, nos aferramos a algunas esperanzas: tal vez, después de tanta muerte, tanto odio estéril, tanta destrucción, ¿ha llegado el tiempo de la unión, el momento de la concordia que ponga por encima de los límites fronterizos la gran alianza de la hermandad humana? Poco dura el ensueño. La realidad demuestra, a corto plazo, que la hecatombe ha sido vana y que el Hombre sigue vagando, en sombras, a la orilla de un nuevo cataclismo.

Para la gente joven, para aquellos que en esos días eran apenas unos niños o unos adolescentes, el hecho constituirá una impronta difícil de borrar. Las esperanzas, tan rápidamente mutiladas, dejaron una cicatriz en las nuevas generaciones: su escepticismo.

Pero no sólo estos acontecimientos de índole universal han de conmover y marcar el carácter de los nuevos. Un síntoma local aparece. Estudiémoslo brevemente.

El triunfo de la combinación frentista en la elección presidencial de 1938 fue —en esencia— un triunfo de la clase media, aunque en el curso de la campaña sonaran vigorosamente las trompetas del marxismo. Fue un partido de burguesía el triunfante. La clase media advino: las responsabilidades de gobierno, los puestos claves, los cargos tutelares fueron ocupados por hombres extraídos de la medianía social. El gran vencedor fue el hombre de en medio, tan alejado de la aristocracia decadente —asilada en los partidos tradicionales— como del proletariado —adherido casi por completo a los partidos de la extrema izquierda. Ni el obrero del salitre, ni el minero del cobre, ni el oscuro hombre del Sur tuvieron notoria parte en el festín del triunfo. Tampoco lo tuvo el aristócrata de fino cuño, ni el hacendado omnipotente. Unos y otros —protagonistas de abundantes páginas literarias— eran reemplazados por un ser anónimo, que no poseía árboles genealógicos ni se erguía como héroe en epopeya alguna del trabajo.

Este fenómeno político-social tendría que ser observado por los escritores nuevos, que veían ahora colocado en el ámbito de sus investigaciones un sujeto también nuevo, rara vez historiado en la literatura anterior.

Vemos, pues, que en el momento en que aparecen las actuales promociones (llamémoslas, por fin, así), hay grandes cisuras que quiebran el panorama habitual. En el curso de unos pocos años se han trastornado los principios rectores del mundo y los marcos de la vida nacional.

Son hechos que han de pesar en la definición literaria de nuestros autores, pues ningún escritor puede ser extraño a los fenómenos del mundo en que se mueve. Consciente o inconscientemente, recibe el influjo de las circunstancias, está adherido a la sociedad en que vive y todas sus mutaciones lo afectan.

EL "HABITAT" DE LOS NUEVOS

Podemos ya establecer algunas premisas de orden social y ecuménico que determinarán las características de nuestros escritores actuales:

a) El mundo, como consecuencia de los progresos científicos, se ha *achicado*, empequeñecido: tenderán al cosmopolitismo;

b) Una gran desilusión —un grande y permanente temor— es la herencia más visible de la última guerra: serán escépticos;

c) Han presenciado el advenimiento de una nueva clase social en su patria: fijarán en ella su atención preferente.

Agreguemos algo más.

Al estudiar las obras de estos autores, al leer *Pena de Muerte*, *Para Subir al cielo*, *La fiesta del Rey Acab*, *Coronación*, *El Cepo*, *El huésped*, etc., observaremos, como primer rasgo atendible, que no hay en ellas nada de lo que se ha llamado *criollismo*. Empleamos el término en su sentido más concreto, no como una definición de lo nacional —pues en ese caso toda literatura es criollista—, sino en la acepción a ultranza de Luis Durand: “criollismo es la creación novelesca que se refiere a las costumbres y a la vida del pueblo en el campo”.

En la narrativa de las actuales promociones, la novela pictórica, descriptiva de tipos y paisajes, deja paso a una literatura en que priman los problemas humanos, los problemas del hombre en sí mismo y no en función decorativa. Ya no nos importa Chile como “país de rincones”, sino el individuo chileno o cosmopolita que vive las angustias anejas a su condición de hombre, muy por encima de los accidentes topográficos locales, muy por encima de una geografía que ejerce su influencia, pero que no condiciona hasta en las últimas consecuencias al ente moral objeto de la atención del escritor.

Los personajes de esta novelística, aun siendo chilenos, aun estando colocados en la circunstancia nacional (son muy pocos los que se apartan de ella, como los protagonistas de *Daniel y los leones dorados*), son espejo de una realidad humana más que de una realidad nacional; trascienden el ambiente localista. Este es accidental y no necesario.

Lo cual no quiere decir que haya un completo desarraigamiento respecto a la realidad social chilena, sino más bien una visión del ser colocado en determinadas condiciones y no en función de esas condiciones.

Comparemos, para aclarar más las cosas, los personajes de *Coronación*, con *On Panta*, *Pilintra* o *Cuero Duro*. Estos últimos no resultan explicables sino en virtud del medio en que discurren. No tendrían vida sin el ámbito en que se desenvuelven, ámbito de costumbres, ámbito geográfico. Están determinados por él. En cambio, Misiá Elisita Grey de Ávalos y su sobrino Andrés, por muy chilenos que sean, están animados de una condición psicológica propia y existen como

seres humanos, sujetos —ciertamente a la atmósfera en que viven— pero no limitados por el hecho de vivir en Santiago y pertenecer a cierta estructura social santiaguina.

Otro rasgo notorio, especialmente entre los autores del grupo llamado "Generación de 1950", es cierta tendencia al esteticismo, que podríamos considerar como una vuelta al concepto del "arte por el arte".

En su *Antología del Nuevo Cuento Chileno*, en que aparece por vez primera la "Generación del 50", Enrique Lafourcade nos da algunas definiciones que aclaran la idea. Esta generación, nos dice, es individualista y hermética; pretende realizar una literatura egregia y de élite. "Pretenden —subraya— concebir la literatura por la literatura." Agrega, además, que es una generación "abierta, sensible e inteligente, antirrevolucionaria, deshumanizada, aristocrática, aislada."

Claudio Giacconi añade —en el primer encuentro de escritores—:

Eramos asociales. No adheríamos a convencionalismos, realizábamos un proceso de lenta maduración personal, observando el mundo al margen del núcleo social al cual pertenecíamos, éramos poseedores de un sentido crítico sobremanera desarrollado.

Todo lo cual puede estar muy bien si lo tomamos al pie de la letra, pero con poco que lo analicemos resulta una temible resurrección del mito de Narciso. Afortunadamente la madurez que traen consigo los años ha evitado el aniquilamiento que es fruto natural de la autocontemplación. Los jóvenes autores han descendido de la torre de marfil compelidos por la realidad actuante, de la cual nadie se puede liberar.

Queda en pie, sin embargo, el hecho: entre los más jóvenes de esta nueva promoción de novelistas hay un afán estético, un cultivo honrado de las formas, una confianza en el valor del arte por sí mismo, aislado de las circunstancias habituales —vulgares dirían ellos— de la vida.

De esta posición *egregia* (empleamos el término de Lafourcade) nace una consecuencia práctica importante de valorizar: el oficio.

Ciertamente, quien vive en el encierro, al margen del rumor de la existencia, alejado del "mundanal ruido", como el asceta de Fray Luis, tiene mayor oportunidad de desarrollar en morosa dedicación una técnica eficaz. Añádase a esto que la mayoría de los jóvenes prosistas posee una formación cultural más bien profunda (casi no hay autodidactas entre ellos), para obtener un cuadro de ventajas considerables. Nada de esto asegura el talento, evidentemente, pero da más oportunidades de desarrollarlo sin angustias. Ello les diferenciará tam-

bién de sus antecesores. Sus obras tienen un tejido psicológico más rico, un estilo más delicadamente elaborado, manifiestan una mayor seguridad en la forma de decir, poco dejan a la improvisación.

Ya hemos hablado más arriba del advenimiento de la clase media a la vida social y política chilena: ¿cómo repercutirá el hecho en la literatura actual? ¿Cómo será vista esta medianía nacional, este héroe recién sobrevenido? Respondemos: desde dentro, *cociéndose en su propia salsa*. La figura protagónica ya no será —como en los tiempos de *Martín Rivas*— el estudiante afuerino que triunfa, sino el empleado que vegeta, encerrado en su medio y sin escapatoria. Leamos *El tiempo banal*, de Guillermo Atías, *El Cepo*, de Jaime Lazo, *La Jaula por dentro*, de Enrique Araya, *Mientras amanece*, de Eugenio Matus: allí está la gran categoría del empleado o del modesto comerciante, del funcionario o del vendedor, la multitud sin nombre, los rostros mil veces repetidos, los destinos sin salida.

El conflicto social, los problemas del proletariado ya no tienen la misma vigencia que notamos en la Generación del 38. No hallaremos obras como *Ránquil* o *Los hombres Oscuros* o *Mi Camarada Padre* (más reciente, pero ligada a las motivaciones propias del 38). No encontraremos tampoco el tono épico de la literatura combativa y social: hay un hondo escepticismo, una desesperanza en la que se acentúa —a medida que aparecen escritores más jóvenes— el existencialismo sartreano.

LOS REALISTAS ESCÉPTICOS

La novela de un escritor primerizo nos dará la mejor clave para estudiar el fenómeno. ¿Quién es el héroe de *El Cepo*, de Jaime Lazo? ¿Un gran señor, un rajadiablos? ¿Un proletario de rostro curtido que consume su vida en las explotaciones mineras? ¿Un campesino rudo e ignaro o un agricultor no menos rudo?

El Cepo es la historia de un empleado. Un empleado común, en una oficina común, en que no ocurren cosas extraordinarias. Tampoco en su existencia particular ocurren cosas extraordinarias o —si acontecen— se disfrazan de un ropaje gris, se visten con una vulgaridad que resalta, por contraste, el contenido de tragedia. Tal vez lo único que destaca en la silueta de Juan Garín —protagonista de esta crónica sombría— sobre el conjunto de sus cofrades oficinistas, es que todavía no se ha extinguido en él esa chispa de rebeldía que brota en la adolescencia, y que sólo la escoria del vivir cotidiano logra apagar en muchas gentes. Juan Garín es al comienzo un rebelde, que se cree sólo de paso en el achatado medio de empleadillos

cuya única preocupación es el fútbol de los domingos o la partida de cacho vespertina, en el humoso bar de las proximidades.

Juan Garín *sabe* que está allí sólo por circunstancias momentáneas; sabe también que su aventura amorosa con Patricia es cosa momentánea. Juan Garín es un ave en vuelo, llena de ansiedades y dispuesta a afrontar los horizontes grandiosos, que por ahora está detenida en este universo mínimo y ramplón que alguna vez le ofrecerá una puerta de escape. Mas, la puerta no se abre. La vida sigue dando vueltas, todos los días iguales unos a otros; el porvenir es una vaga nebulosa; el presente aplasta con pesadez de lápida; la costumbre va royendo las inquietudes, y el momento llega en que el muchacho rebelde sólo conserva la fórmula de la rebeldía. Se entrega por entero a su derrota. Conviértesele en hábito lo que era aventura amorosa; se adapta, mal que mal, a la rutina oficinesca; juega cacho, se interesa en el fútbol. De sus inquietudes pasadas, sólo queda la amargura.

Juan Garín está atrapado en el *cepo*, en el cepo de la existencia sin salida, desprovista de esperanzas. Ya no será sino uno más en la inmensa multitud sin nombre, sin brillo, sin resplandor propio, que forma la masa de los empleados modestos.

La obra de Jaime Lazo es típica. Su éxito reside, precisamente, en que encarna un sentimiento que está latente no sólo en la literatura actual, sino en nuestra estructura social. Con escasos materiales, ha logrado construir una novela que se lee con interés, que convence. Nos parecerá, por momentos, una obra apenas desarrollada, casi un boceto de novela. Reconoceremos, sin embargo, el talento, la honda sinceridad, la valentía para arrostrar un tema de flaca apariencia, aunque lleno de contenido. Ricardo A. Latcham ha sintetizado en una frase la importancia vital de esta novela: "El tiempo muerto, el tiempo abolido, son parte del ritmo de *El Cepo*. Quedará, pues, como un sólido documento de un gran sector de la sociedad chilena."

Guillermo Atías —situado por su obra poética en la Generación del 38, pero ubicado a la vez en la esfera de las *nuevas promociones* por la fecha de aparición de su obra de prosista— nos muestra en *El tiempo banal* un mundo semejante. Se ha dicho que ésta es la novela de la ciudad, y podemos agregar que en ella Atías ha intentado con éxito el retrato del mundo burgués y de esta enorme medianía que no es, ciertamente, la "inmensa minoría" de que hablaba Juan Ramón Jiménez.

Pero, aventurémonos más allá, hasta encontrarnos con una de las más importantes novelas de estos años: *Coronación*, de José Donoso.

Ya José Donoso había manifestado el poder de su técnica creadora en un pequeño volumen de cuentos titulado *Veraneo*. Se veía en él al autor de garra, al maestro del relato, al sereno artífice. Había que reprocharle, sí, la actitud un poco altiva que asumía con tanta facilidad en ese puñado de excelentes relatos. Pero la consagración definitiva de José Donoso viene con *Coronación* gracias a la cual, según el decir de Raúl Silva Castro, "se coloca de golpe y para siempre en la primera fila de los escritores nacionales de prosa".

Novela psicológica y realista a la vez, *Coronación* es, por sus personajes y ambientes, una obra profundamente nacional sin quedarse por ello dentro de las limitaciones del costumbrismo. La acción se desarrolla en un momento y en unos medios que son los de nuestro tiempo y nuestra sociedad. De ésta, vemos los diferentes rostros, que Donoso nos muestra como la cara y la cruz de la moneda social. Mas, a diferencia de otros autores que —en busca de contrastes o de exposiciones doctrinarias— nos ofrecen ambas caras en contraposición y aislamiento, el autor de *Coronación* presenta la inestable amalgama, la simbiosis llena de antagonismo de estos estratos que se entrecruzan y confunden en el común existir.

Un síntoma común señala ambas caras de la moneda social: decadencia. Sometidos al derrumbe, exterior e interior, sus personajes se desgarran, y enfrentan —heridos certeramente por la realidad— la hondura de sus particulares tragedias. Andrés, el solterón hipocodriaco, escapará a este desgarramiento acomodándose a una locura medio ficticia, pero Carlos, el médico que simboliza la rutina del vivir burgués, quedará entregado a la amargura de sus fracasos. En el extremo opuesto, los personajes de raíz popular no serán más afortunados: la tragedia que los carcome destruirá su fuerza vital. Perdidos en un caos cuyas razones últimas no alcanzan a descubrir, vagarán sin sentido, sin destino.

José Donoso es esencialmente un realista, un hombre en perpetua observación de cuanto ocurre ante él. Más aún, es un investigador de la realidad que busca en los hechos de la vida cotidiana su interpretación del hombre. Demasiado apegado a su realismo, descuida casi por completo el ámbito de la fantasía, de la libre invención. Casi no imagina: compone sobre la base de sus comprobaciones directas. Por esto, sus personajes son tan dramáticamente vivos, y por eso, también, las mayores debilidades de su obra aparecen cuando debe poner en juego la necesaria dosis de fantasía. Así, la escena final de la coronación, en que la obra culmina y los "cabos se juntan", nos parece arbitraria, inconsecuente. Pero su cuidado rea-

lismo le ha permitido trazar el retrato de una sociedad en proceso de desintegración, de unos seres que encaran la nada.

En las proximidades de Jaime Lazo —superior a él en virtud estilística, pero segundón en cuanto a la concepción novelesca— podríamos situar a Eugenio Matus, autor de una hermosa novela llena de reminiscencias juveniles: *Mientras amanece*. En ella observaremos la misma nadería oficinesca, el mismo “huis clos” que caracteriza al protagonista de *El Cepo*. A este elemento fundamental, Eugenio Matus agrega una suave atmósfera extraída de la niñez y el soplo atorbellinado de la adolescencia. Algunas de sus páginas —en las que advertimos la confesión autobiográfica— son excelentes, aunque el conjunto se resienta de la inestabilidad entre los elementos realistas y el vuelo poético.

Dentro de una misma temática de la desesperanza, aunque ubicada en un ambiente extranjero, se sitúa Leonardo Espinoza, autor de una única obra: *Puerto Engaño*. Con esta novela, el autor —periodista— añade un episodio más a esa larga tradición de la literatura chilena que refleja, a su vez, una particularidad muy propia de la psicología nacional: los trasplantados. *Puerto Engaño* es una triste historia de desterrados voluntarios, perdidos entre el concreto de Nueva York. Es, sin duda alguna, una historia vivida, al menos en gran parte. Leonardo Espinoza, a pesar de las dificultades que la técnica opone al escritor primerizo, ha logrado una descripción certera de ese mundillo de los desarraigados, que aventuran por los más inesperados lugares del planeta su búsqueda de la felicidad.

LOS ESPIRITUALES

Tal vez como una reacción contra ese escepticismo que ya dejamos anotado, o como un eco del resurgimiento espiritualista que se observa en casi todas las naciones, aparecen algunos escritores de línea claramente espiritual y cristiana. Su cristianismo se aproxima más al de François Mauriac o de Graham Greene que al de los novelistas confesionales de pasadas generaciones. En otras palabras, en ellos la visión beata de las cosas aparece reemplazada por la conciencia del mal, como fuerza actuante en lucha encarnizada con el bien.

Sus obras no representan la exposición de un cuerpo de doctrina ni un intento de prédica dogmática. En esencia, buscan ellos realizar ese principio que, hace ya tiempo manifestara Alain Marie Couturier: el artista cristiano no es aquel que pinta madonas y santos, sino el que realiza su obra con verdadero espíritu cristiano, el que

informa su obra en este espíritu y no se nutre sólo de la fórmula. Es el mismo sentido por el cual podríamos juzgar más cristiano —en la pintura— a Vincent Van Gogh que a muchísimos autores de cuadros religiosos.

Recordemos aquí el nombre de José Manuel Vergara, novelista extraordinariamente dotado cuya primera obra —*Daniel y los leones dorados*— causó un revuelo sensacional, y no sólo porque complacía las necesidades de ambiente *chic* y cosmopolita del snobismo nacional. *Daniel* es un libro que revela verdadera garra de novelista, real sentido de los problemas espirituales.

Siguiendo la inspiración bíblica del glosario de *Daniel y los leones dorados*, podríamos trasladarnos al libro de los Reyes y decir que José Manuel Vergara ha irrumpido en las letras chilenas como un joven David lleno de fuste y poseedor de una desafiante honda. Este joven David se revuelve en el campo de batalla con descomunal desenfado y dispara sus proyectiles en una furia centrífuga que no respeta ni a los hombres de sus propias filas. Y es que José Manuel Vergara, además de joven David, es un *enfant terrible* y como tal grita sus verdades sin importarle nada las consecuencias; atropella a unos, veja a otros; trata de imponer con altanería sus opiniones, y lo mismo es capaz de levantar un monumento que de destruirlo en un minuto.

Su novela, desenfadada, audaz, es también incipiente. Siempre se le queda algo en el tintero y sólo nos trasmite esas verdades a medias, tal vez por inexperiencia literaria. Con todo, logra darnos a entender profundos conflictos espirituales, poco comunes en las letras de estos tiempos. Sus personajes no se mueven sólo impulsados por la circunstancia de su época, ni vegetan aplastados por el escepticismo: luchan, buscan, encuentran. Sus problemas no están situados en la periferia social, sino en lo íntimo de los corazones. No obedecen a los simples resortes de la época sino a las profundas razones del espíritu.

Una segunda novela —*Las cuatro estaciones*—, nacida de las mismas inquietudes y presentada como una obra trascendente y reveladora, no dio en el blanco, y significó un retroceso en la carrera de tan promisorio autor.

Con menor fortuna, María Elena Gertner ha intentado algo semejante en *Islas en la ciudad*, pero le faltó oficio y verdadera intención novelesca. Traicionada por su vocación teatral, María Elena Gertner entregó una novela de diálogo valioso por la hábil desenvoltura de la técnica, pero carente del contenido que pretendió darle.

Los valores —las virtudes— espirituales intervienen en una suerte de *Deus ex machina*, más perjudicial que decidora.

LOS HUMORISTAS

En medio del fárrago más bien trágico de esta literatura pesimista, el humor, poco frecuente en nuestras letras, comparece aunque también bajo una toca escéptica. El humor es un género poco cultivado en Chile y no siempre con la debida gallardía. Tal vez será por las paradójales razones apuntadas por Hugo Lindo: "Siendo Chile un país de humor chispeante y andaluz, de respuesta rápida y vivaz, su literatura humorística es relativamente escasa. Aquí el humor se derrocha, no se guarda en la alcancía de los libros." Así y todo, Chile anota en su historia literaria una progenie importante de escritores bien humorados, amantes de la risa y de ese matiz más sutil y difícil de alcanzar que es la sonrisa.

Apuntemos algunos nombres de nuestro tiempo.

El primero, Enrique Araya, es el típico caso de la hazaña que no es posible repetir. *La Luna era mi Tierra*, libro abundante en rasgos autobiográficos, alcanzó un éxito enorme y mantenido. Sus secuelas no llegaron a tanto. El género es difícil. Enrique Araya, superabundante en ingenio, no ha producido todavía la obra que lo precise en su papel de crítico burlón.

El caso de Enrique Bunster es particularísimo en las letras chilenas. Ha escrito una cantidad importante de libros, ha aventurado en géneros diversos, desde el ensayo biográfico hasta la escena, y tiene su nombre muy bien establecido en uno que domina sin contrapeso, la "miniatura histórica". El buen observador habrá podido apreciar que en la mayoría de los libros de Enrique Bunster está semi oculto el rostro del humorista. Por fin, a la larga, éste ha triunfado, aunque siempre fiel al espíritu de chilenidad que es en él esencia y fundamento.

Por esto mismo, su humor es crítico y con frecuencia doloroso. Ha envuelto la sátira social y política en un ropaje bufonesco, que le permite decir más libremente lo que de otra manera habría merecido la repulsa violenta de sus víctimas. *Un ángel para Chile*, con ser una novela desigual y poco sostenida, ha logrado un éxito pocas veces visto. El público, que ha agotado varias ediciones de este libro ingenioso y condenatorio, comprende, indudablemente, el hondo sentido nacional de la sátira que señala eficazmente muchos de los defectos tradicionales de la raza.

UN NEO-IMAGINISMO

Si hubiéramos de sucumbir a la tentación —tan cara a críticos y tratadistas— de dividir el mundo de las letras en dos hemisferios contrapuestos y beligerantes (criollismo e imaginismo), podríamos anotar a la cuenta de este último un puñado de nombres significativos.

Anotemos, en primer término, el de Margarita Aguirre que, con su novela *El Huésped*, aventura en un mundo tortuoso y de grandes significaciones psicológicas.

Y luego, el de Enrique Lafourcade. He aquí uno de los autores más vigorosos e importantes de las actuales promociones. En un lapso de vida relativamente corto, Lafourcade ha dado a las letras tres novelas importantes: *Pena de Muerte*, *Para Subir al Cielo* y *La fiesta del Rey Acab*, recientemente premiada. Creador dotado de potente imaginación, Lafourcade es a la vez uno de los escritores con más oficio de nuestra literatura actuante. Posee una riqueza estilística envidiable, una capacidad de inventiva pocas veces superada, si alguna, entre las gentes de su tiempo, y un don de simpatía literaria que hace de la lectura de sus libros un verdadero y libre goce. El cuidado del estilo, la dinámica de su prosa, la abundancia y libertad metafórica son algunas de sus cualidades más sobresalientes. Pocas veces se ha escrito en Chile con una prosa tan ágil y brillante, pocas veces se ha imaginado —se ha inventado— con tanta audacia y libertad, pocos libros como los de él logran apresar al lector y obligarlo gratamente a la tarea de leer sin descanso ni pesadumbre.

La Fiesta del Rey Acab es el ejemplo más decidor dentro de la importante tarea creadora de Lafourcade, en este sentido de la riqueza inventiva, de la originalidad en la técnica.

Aunque Guillermo Blanco es esencialmente un escritor de cuentos, debemos citarlo aquí por su novela corta *Misa de Requiem*, en la que sus facultades creadoras alcanzan un máximo grado. Método, frialdad, implacable lucidez, constituyen el sello característico de las obras de este autor. La técnica del suspenso es, en sus manos, un instrumento de tremenda eficacia, gracias al cual coge al lector, lo hace sufrir, palpar, esperanzarse, olvidar, recordar, volver a la angustia del primer minuto, sobrevivir, agonizar, hasta soltarlo en la última línea, convertirlo en un guiñapo que lee y no puede dejar de leer...

BALANCE

El breve análisis que antecede prueba que estas actuales promociones, escépticas, imaginativas, espirituales —de todo hay—, están trabajando

con entusiasmo, con fe. Hay un concepto del oficio, un sentido real de la profesión de escritor: no se escribe porque sí, sino por profundas razones de vocación. Salvo algunas excepciones (nunca faltan los advenedizos en las cortes de las letras), nuestros actuales escritores creen en su misión. El panorama general promueve al optimismo.

Sin embargo, debemos anotar un hecho cierto: Chile espera todavía una obra maestra. No la tenemos aún. No contamos con una *Doña Bárbara*, ni con una *Vorágine*, ni con un *Segundo Sombra*. Nuestra literatura, que ha dado en poesía las más importantes contribuciones de este tiempo al habla española, no ha producido la gran obra novelística.

¿Saldrá ella de estas actuales promociones? Diríamos que existe la materia prima. Aún más, diríamos que todo está a punto. ¿Qué nos falta? Puede que sea esta crisis de mediocridad en que Chile se debate, la que impida todavía la aparición de la novela esperada, digna del prestigio intelectual de que tanto nos vanagloriamos.

Debemos confiar, sin embargo. Hay gentes laboriosas empeñadas en su misión de crear, a pesar de todas las angustias, de todos los inconvenientes de esta época gris.